

Es inevitable empolvase mientras andemos en la tierra

Fernando Torre, msps.

Es frecuente que, quienes han decidido llevar una vida espiritual seria, tras un tiempo de fervor y generosidad, se desanimen. ¿La causa? Constatan que, a pesar de sus anhelos y sus esfuerzos, sus intenciones no han sido únicamente agradar a Dios y hacer el bien a los demás, que su corazón sigue siendo egoísta, que sus acciones están contaminadas, que experimentan inclinación al mal.

Constatan que la oración ha sido búsqueda de Dios y también un refugio, que el amor al prójimo ha estado mezclado con demandas de afecto, que el servicio ha sido ocasión para el lucimiento personal, que el apostolado ha estado condicionado por las recompensas, que el sacrificio les ha dado un aire de superioridad, que el desprendimiento..., que la obediencia... En síntesis, constatan que junto al trigo hay cizaña (Mt 13,24).

Entonces aparecen las tentaciones: desánimo («tanto esfuerzo para nada»), agresión contra sí mismos («¡por tu culpa, no has avanzado; estás peor que antes!»), agresión contra los demás («mi formadora / director espiritual en nada me ha ayudado») y la idea de dar marcha atrás («esto no es para mí»).

Concepción Cabrera, para ayudar a Teresa de María a superar estas tentaciones, le dice: «No te atores en la madeja de tus imaginaciones ni de tus faltas, porque es indispensable¹ empolvase mientras andemos en la tierra»².

Al vernos empolvados, en lugar de abandonar la vida espiritual, sería mejor humildemente reírnos un poco de nuestro orgullo herido; purificar nuestras intenciones; si es necesario, pedir perdón a Dios y a los demás; invocar al Espíritu Santo y, con nuevos bríos, reemprender la marcha por el polvoriento camino. Pero ahora, con mayor conciencia de nuestras miserias y mayor confianza en Dios.

Y así, una vez, y otra vez... sin jamás desanimarnos, hasta la muerte.

¹ En el libro *Cartas a Teresa de María* dice “indispensable”. Considero que sería más preciso decir “inevitable”, como viene en el título.

² Carta del 31 oct 1923, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 424.